



Los MIL MUNDOS
IMAGINARIOS de
JOSÉ CERDÁ



Los MIL MUNDOS
IMAGINARIOS de
JOSÉ CERDÁ

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

LOS MIL MUNDOS IMAGINARIOS DE JOSÉ CERDÁ

Sala África Ibarra / Edificio Paraninfo

5 de noviembre de 2020 - 27 de marzo de 2021

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Rector Magnífico

José Antonio Mayoral Murillo

Vicerrectora de Cultura y Proyección Social

Yolanda Polo Redondo

Directora del Área de Cultura

María José Martín de Hoyos

EXPOSICIÓN

Organiza

Vicerrectorado de Cultura y
Proyección Social

Comisariado

Ana Bendicho

Coordinación

María García Soria

Coordinación adjunta

Patricia Díez Calvo

Transporte y montaje

Robert S.L.

Seguros

AON Gil y Carvajal

PUBLICACIÓN

Edición

Prensas de la Universidad de Zaragoza
Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social

Coordinación

María García Soria

Coordinación adjunta

Patricia Díez Calvo

Textos

Ana Bendicho
Pepe Cerdá
Josefina Clavería Julián
Marian Rebolledo San Martín

Diseño y maquetación

Estudio Novo
Ana Bendicho
Nina Geyre
Patricia Peralta

Fotografías cuadros

Fabían Simón

Impresión

INO Reproducciones

© de las obras, su autor
© de los textos, sus autores
© de las imágenes, sus autores

ISBN: 978-84-1340-217-8

D.L.: Z 1477-2020

AGRADECIMIENTOS

Desde el Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social agradecemos a todos aquellos que nos han ayudado a recopilar la información necesaria para esta exposición, como a Jesús Sada y familia por su aportación y cesión de dibujos de feria y a la empresa Industrias Royo por la imagen del mural de sus instalaciones. Agradecer la información aportada por Pepa Clavería y al Archivo Municipal de Zaragoza. Asimismo, a Sabina Lasala y Marian Rebolledo y Pilar Ruiz por su colaboración moral y física.



Vicerrectorado de
Cultura y Proyección Social
Universidad Zaragoza

ÍNDICE

Presentación. <i>José Antonio Mayoral Murillo</i>	4
Arenques, Habanos, Goggomobil y Titanlux. <i>Pepe Cerdá</i>	6
Don José y la escuela de la vida. <i>Ana Bendicho</i>	18
José Cerdá Udina, trazo y creación. <i>Josefina Clavería Julián</i>	24
Los mil mundos imaginarios de José Cerdá. <i>Marian Rebolledo</i>	44
José Cerdá Udina, biografía	66
Publicidad	76
Decoración	90
Feria	100
Chistes	108
Diseño	118
Dibujos academia	128
Cuadros	134

JOSÉ
CERDÁ
UDINA

José Antonio Mayoral Murillo



Este año 2020 va a ser recordado por todos, pero a pesar de la oscuridad en que vivimos siempre habrá faros que iluminen el camino. Uno de ellos es la Cultura. Al arte, la literatura, la música o el cine hemos recurrido cuando la sociedad buscaba anclas que le permitiesen continuar a flote. Y así, a pesar de las circunstancias, la Universidad de Zaragoza no renuncia a la Cultura y continúa con su política expositiva. Es el caso que nos ocupa y la exposición que presentamos, dedicada a José Cerdá Udina (Zaragoza, 1924-2020), ejemplo perfecto de vida dedicada a la pintura, en sus distintas facetas. Cada reto pictórico lo afrontó con su tradicional espíritu jovial y con los pinceles en la mano, y ya fuese como sustento económico o como medio para expresarse, exploró diversas disciplinas artísticas como la publicidad, el diseño, el humor gráfico, el muralismo, la pintura de feria o la de caballete. En todas ellas demostró su extraordinaria profesionalidad.

Comisariada por la diseñadora Ana Bendicho, la muestra refleja todos estos ámbitos en los que se desarrolló la trayectoria de José Cerdá Udina. El propio autor organizó meticulosamente su amplísimo archivo y tras su muerte, este mismo año, ha emergido una increíble producción, que inexplicablemente aún resulta desconocida en su conjunto. Esta exposición trata, por tanto, de remediar ese injustificable olvido.

A través de los dibujos, maquetas, diseños, carteles y cuadros, así como de los propios recuerdos de su familia –sus hijos Paz Cerdá y el también pintor Pepe Cerdá–, podemos atisbar una vida repleta de humor, color y experimentación, que trasladó a todos sus trabajos y que lo convirtieron en precursor de los grandes diseñadores, publicistas y humoristas que surgirían años más tarde. Los textos de Josefina Clavería, Marian Rebolledo y Pepe Cerdá completan en el presente catálogo esta amplia y polifónica visión. A todos aquellos que han participado en este proyecto queremos mostrar nuestro más sincero agradecimiento y dedicar nuestro más emocionado recuerdo y homenaje al pintor José Cerdá Udina.

ARENQUES, HABANOS,
GOGGOMOBIL y TITANLUX

Pepe Cerdá





**«Puse todo mi genio en mi vida.
En mis obras tan solo puse mi pericia y mi talento»**

Oscar Wilde

Salvo excepciones, ver morir a los padres es una obligación de los hijos. Ellos nos nacieron, es lo natural. Natural en el sentido más estricto del término. Somos el resultado de la mezcla de los gametos del uno y de la otra. Ellos son el eslabón de carne que nos une a aquella primera célula de la que desciende todo lo vivo. Somos ellos, aunque ya no estén. Es más: cuando les sobrevivimos aún somos más ellos. Tomamos conciencia de que los siguientes seremos nosotros, que no somos sino transportistas de un material genético que conservaremos por un tiempo. Es evidente pero, como todo lo evidente, resulta muy difícil de describir, de explicar, incluso de aceptar. Todas las grandes verdades son difíciles de explicar. Es natural, lo evidente no necesita explicación; y cuando se hace, se insulta a quién se le explica.

Hay un montón de literatura que se ocupa de la cuestión del padre ausente, desde Jorge Manrique, con las *Coplas a la muerte de su padre*, a Manuel Vilas, con *Ordessa*, el número de obras es enorme. En realidad, son autorretratos. Los circunloquios para hablar de uno mismo son habituales. Casi nadie es capaz de mirarse verdaderamente al espejo y decirse la verdad. Por eso son necesarios los psicoanalistas, para traducirnos lo que sabemos desde siempre y nos negamos a reconocer. La muerte del que tuvo unos lustros antes nuestro material genético es el *electroshock* que, como un *flash* de fotógrafo, nos abre por un instante la posibilidad de ver una Verdad absoluta. Casi nadie les aguanta la mirada a las verdades auténticas. Es preferible seguir dormido y anestesiado en la cultura del analgésico imperante.



José Cerdá, 1975

Mi padre sonreía constantemente. Su sonrisa estaba congelada. Sonreía con la boca, pero no con los ojos. Al sonreír, lo normal es que los ojos se cierran un poco, pero no era su caso. Él sonreía, pero sus ojos permanecían exageradamente abiertos. Era como si aprovecharse la relajación de su interlocutor inducida por su sonrisa para escrutarle con la mirada. Era un

poco como el modo de mirar de Groucho Marx, el hecho de que fumara constantemente puros habanos y que luciera bigote acentuaba el parecido con el genio del humor cinematográfico.

Procuraba, en el fondo por respeto, no hablar casi nunca en serio. El no hablar casi nunca en serio es una prueba de su inteligencia, que no era mala. Suelen ser los tontos los que se ponen solemnes para decir cualquier cosa.

A diferencia de nuestros padres, mi generación, la de los nacidos en los últimos cincuenta o primeros sesenta, la generación de los excedentes de cupo (éramos tan numerosos que ni siquiera cupimos en el sobredimensionado ejército tardo-franquista), ha sido una generación sin sobresaltos remarcables. Una generación que no ha conocido estrecheces y que (esto es lo más importante) ni ha matado ni ha visto matar. La de nuestros padres mató y vio matar en la guerra. Y luego, en la posguerra, tanto en España como en el exilio hubo de asumir enormes dosis de indignidad. Nosotros no, por eso nos creemos tan cargados de razón como para juzgar hechos y actitudes de entonces.



Montando un *stand* en la feria de muestras de Tauste en 1959



Pintando un módulo de un aparato de feria en 1979

Mi padre: José Cerdá Udina formó parte de esa heroica generación que maduró rápido tras una guerra que perdieron los dos bandos. Tuvo que adaptarse a situaciones difíciles y cambiantes. Esta generación construyó con un esfuerzo colosal y sin quejarse el país en el que nacimos nosotros. Generación que con su esfuerzo hizo pasar, en una década, del recado al anuncio publicitario, de la emigración al turismo. «Milagro Español» llamaron los economistas extranjeros a lo ocurrido en España en aquellos años. Pero olvidan que el milagro fue posible por el increíble esfuerzo, físico y mental, de los españoles de la posguerra.

Mi padre fue, ni más ni menos, uno de ellos.

Puede que a los lectores menores de cuarenta y tantos les sorprenda, pero hubo un tiempo y un país en el que no existían ni plóteres, ni ordenadores, ni vinilos, ni *tablets*, ni *iPhones*. Aquel tiempo fue hace cuatro días y aquel país era este. Este país en el que los de mi generación vimos cómo se pasaba del burro al turbo, de la escasez a la dieta y del tiralíneas y la plumilla a los programas de dibujo por ordenador.

En aquel tiempo cualquier imagen que se quisiese reproducir en otro soporte que no fuese papel se había de hacer «a mano». Era lógico pues que existiese el número necesario de profesionales capaces de pintar «a mano» y eficazmente cualquier tipo de imagen que se les solicitase. En cualquier ciudad como Zaragoza existían varias decenas de profesionales capaces de hacerlo.

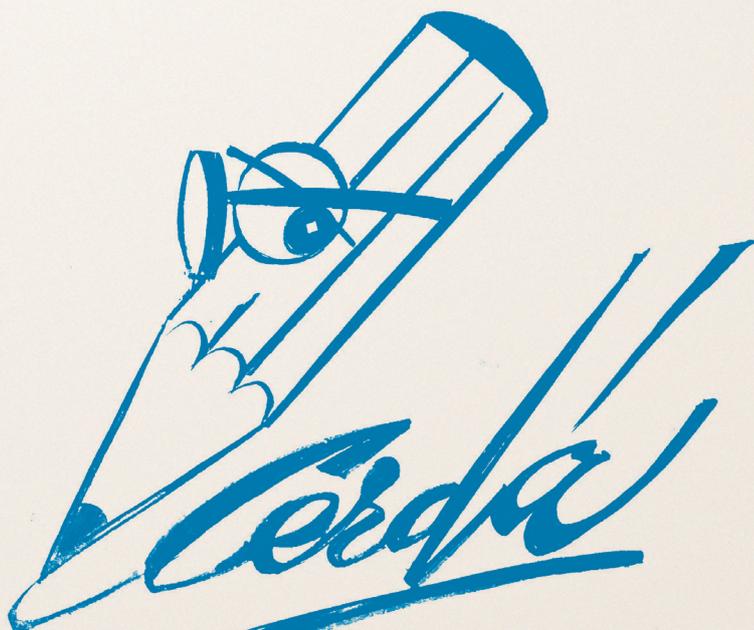
En aquel tiempo los autobuses y tranvías salían un día con el espacio para la publicidad pintado en blanco. Eran necesarios dos días, mejor dicho, dos noches, para lijar, fondear y volver a rotular la publicidad siguiente. En aquel tiempo cuadrillas de pintores rotulistas y dibujantes peregrinaban de feria en feria de muestras para hacer y decorar los *stands*. En aquel tiempo los cines adornaban con enormes murales los estrenos de las películas. En aquel tiempo a la salida del cine del domingo salía también la hoja deportiva: «ha salido la hoja, ha salido la hoja, la hoja depooooortiva», cantaban multitud de chavales que blandían tacos de cuartillas naranjas impresas con los resultados de los partidos de fútbol cuando el domingo agonizaba. Cuando se salía del cine y los deberes estaban sin hacer.

Yo era niño entonces y mi padre era uno de aquellos que se ganaba la vida haciendo lo que fuese necesario con un lápiz, una plumilla, un tiralíneas, un pincel, una brocha o con cualquier otra herramienta del oficio.

Antes de nacer yo, mi padre había sido de todo un poco. Que yo recuerde ahora mismo había sido: impresor, camionero, taxista, dibujante humorístico, dibujante publicitario, rotulista, pintor de cuadros y murales, empresario (con una empresa de impresiones serigráficas) y algunas cosas más.

Mi padre, don José Cerdá Udina, habrá realizado decenas de miles de originales, entre dibujos, ilustraciones, chistes, murales, cuadros, decoraciones de aparatos de feria, etc.

La inmensa mayoría de estos originales han sido de su invención y, a día de hoy, apenas se conserva algún centenar. En aquel tiempo los originales no se devolvían, ni se les daba



ningún valor, ni en las imprentas ni en los periódicos. Se pintaba encima de lo pintado para ahorrar en soportes en la publicidad de las películas, y en los traslados de taller se quedaban la mayoría de los trabajos en el anterior.

Los que guardaban como tesoros sus trabajos eran otro tipo de pintores, los que se consideraban a sí mismos artistas, pero esos, generalmente, no solían mantener a sus familias ni consideraban una obligación tener ingresos para alimentar a su prole. Su compromiso era con la humanidad entera y su obra lo más importante, pero esta es otra historia y otros pintores.

Mi padre también tenía, como es natural, su vena artística, que situó por debajo de la obligación de mantener a su familia y, aun así, realizó centenares de cuadros.

Expuso en la sala del Casino Mercantil en 1973 y ganó algunos premios. En Torremolinos, donde pasó algunos años al final de los sesenta, realizó decenas de pinturas murales y centenares de cuadros que adornaban los apartamentos antes de ser vendidos. Creo que mi padre fue el primer pintor de la historia en convencer a un constructor (construcciones Azumendi) de que era necesario entregar los apartamentos con los cuadros colgados.



José Cerdá, *Cabeza de payaso*, 1967

En aquella época pintaba sobre todo con espátula y aplicando una enorme cantidad de pintura. Como el óleo era muy caro y tardaba una enormidad en secar, había ingeniado una pintura espesa que consistía básicamente en pasta al temple (de la que se empleaba para pintar al estucado o al gotelé las paredes entonces y que mi padre llamaba por

su nombre comercial: Pasta Rucu) enriquecida con una buena cantidad de látex vinílico. Podía mezclarla también con serrín, cenizas o arena. Eran los años de la pintura informalista y se valía todo. Los artistas buenos le llamaban «experimentar con la materia». Mi padre mezclaba aquella pasta con colores acrílicos y la aplicaba generosamente sobre el cuadro.

El problema es que la cola de origen animal que aglutinaba la Pasta Rucu se corrompía y a los pocos días despedía un desagradable olor a podrido. Mi padre resolvía este asunto odorífero, aparte de fumando permanentemente habanos, añadiendo generosas cantidades de un concentrado ambientador líquido con un fuerte olor a pino.

Contaba divertido que había pintado un enorme cuadro a espátula representando un bosque pirenaico de coníferas que una vez vendido adornaba un pequeño gimnasio que tenía el director de su sucursal bancaria. Un día el director le dijo: «Lo que es la sugestión artística. Puede usted creerse que cuando hago mi tabla gimnástica delante de su fantástico cuadro hasta puedo oler los pinos». Mucho más tarde se pusieron de moda unos ambientadores con forma de pino que se colgaban del retrovisor del coche pero con una concentración de perfume muchísimo menor. Cuento esto porque mi padre se inventó casi todos los oficios que ejerció.

No existía licencia fiscal de pintor decorador de aparatos de feria, ni de fabricante de cuadros con olor a pino, ni de colocador de un chiste diario en los escaparates de la tienda Paños Australia, ni de pintor a sueldo de una constructora en el principio de la urbanización de Torremolinos, ni de pintor de cartulinas para que vendiesen los *hippies* en la calle... y así podría seguir casi indefinidamente.



Dibujando cara al público los motivos que le demandaban los espectadores dentro del programa patrocinado a favor de Caritas por Radio Zaragoza «El arte al servicio de la caridad», 1960

Mi padre se inventó su vida sin dejar de ser siempre un niño. Sartre dijo que el único animal que es antes presencia que esencia es el hombre. Se refería que a excepción del hombre todos los animales nacen «terminados», que son en esencia al nacer lo que serán de adultos. El hombre no. El hom-



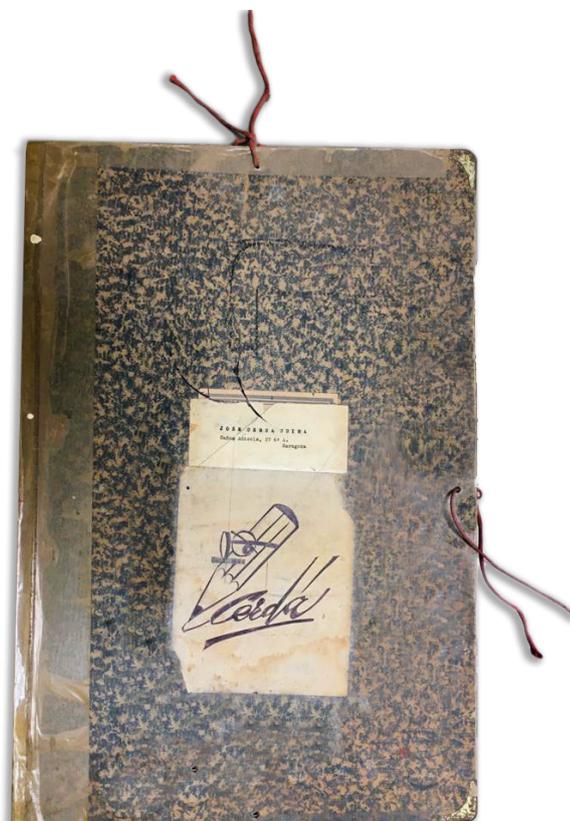
José Cerdá Udina, 1924

bre nace sin terminar y es a través de la educación cuando consigue pasar de ser presencia a ser esencia. Cuando le enseñan que la «p» con la «a» es «pa», que con el seis y el cuatro la cara de tu retrato. También se le inculca que debe prepararse para poder ejercer de lo que sea. Para ser un hombre de provecho. Mi padre se saltó esa regla y, por llevarle la contraria a Sartre, sin saberlo, nació terminado y se fio de su suerte toda su vida.

Dicho queda.



José Cerdá Udina y su familia en el Valle del Aspe, 2011



Este catálogo se terminó de imprimir
el día 5 de noviembre de 2020,
terminar algo siempre es motivo de celebración.